



«La mágica Plaza Jemaa el Fna de Marrakech, los campos de tulipanes de Keukenhof... El blanco refulgente de las aldeas de las Islas Cícladas...» / RUBÉN ABELLA

**EL SÉPTIMO DÍA**  
 por Rubén Abella

## Los ratos perdidos

Cuentan que en una ocasión alguien le pidió a Robert Louis Stevenson –el autor de *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*– que explicara qué era, en su opinión, el Hombre. Después de pensar unos segundos, Stevenson contestó que no lo sabía, pero que sí tenía una idea bastante clara de lo que para él era un hombre –como verán, en el artículo y en la mayúscula radica la diferencia–. Un hombre, dijo, es alguien que, al ser informado en la estación de que su tren viene con ocho horas de retraso, se sienta tranquilamente a esperar y no se aburre. Eso, insistió con solemnidad, es un hombre.

En un principio pensé usar esta anécdota para iniciar una reflexión sobre el aburrimiento, uno de los males del alma que, me parece a mí, más estragos ha causado a la

humanidad. Pero estamos en verano, y en verano la gente viaja, y al final decidí usarla como ilustración de lo que, según mi experiencia, es una parte esencial de los viajes y, por extensión, de la vida.

Me explico. En 1952 Henri Cartier-Bresson publicó un libro de fotografías titulado *Images à la sauvette* (algo así como «Imágenes a hurtadillas» o «a la carrera»). Se trataba de instantáneas en blanco y negro en las que, con una destreza sin precedentes, el fotógrafo francés captaba el punto más intenso de determinadas situaciones, lo que más tarde se daría en llamar «el instante decisivo»: un creyente enfermo besando la mano de un cardenal; un hombre flota en el aire decenas de segundos antes de pisar un charco; nada más acabar la Segunda Guerra Mundial, una mujer re-

conoce en un campo de deportados de Dessau a la informante de la Gestapo que la denunció... Es un libro bellísimo, que marcó durante años el rumbo de la fotografía. Un magnífico muestrario de momentos culminantes en el que no hay sitio para lo banal, para lo intrascendente. Y si les hablo de él es porque creo que, por lo general, es así como recordamos nuestros viajes. Nos quedamos con los instantes álgidos –la imponente vista de Nueva York desde la cima del Empire State Building, la primera impresión de la mágica plaza Jemaa el Fna de Marrakech, los campos de tulipanes de Keukenhof, el blanco refulgente de las aldeas de las islas Cícladas– y echamos a un lado los paréntesis sin lustre –las búsquedas infructuosas, los tiempos muertos, los destinos decepcionantes, las horas en tránsito, las esperas–. Sin embargo a mí siempre me ha parecido que esos lapsos anodinos, no planeados, son la médula de los viajes; que es ahí, en los ratos perdidos, donde se encuentra la verdad de nuestros periplos.

De regreso de las cataratas Victoria, en Zimbabue, hace ya muchos años, me detuve en una aldea polvorienta llamada Dete. Mi plan era coger un autobús que me llevara al norte, a un pueblo lacustre llamado Kariba. Alguien me había dicho que salía a las nueve. Como aún era pronto, me senté a esperar a la

sombra de un mango. Al otro lado de la carretera había unas mujeres sacando agua de un pozo. Bromeaban. Reían. Hacían turnos para accionar la bomba hidráulica. Una de ellas llevaba un deshilachado gorro amarillo que refulgía como un pequeño sol en la mañana blanquecina. A mi alrededor, sentadas sobre sus bultos, esperaban varias familias. Llegaron las nueve. Las

**Nos quedamos con los instantes álgidos y echamos a un lado los paréntesis sin lustre**

**En los ratos perdidos es donde se encuentra la verdad de todos nuestros periplos**

diez. Las once. Y ni rastro del autobús. El mediodía pasó lento, adormilado, marcado por el chirrido de las cigarras, el llanto de los bebés y el tintineo del agua en los cubos de latón. Por la tarde alguien trajo una radio y las cosas se animaron

un poco. Los hombres improvisaron tableros de dominó e hicieron chistes sobre la femenina tardanza del autobús. Los niños jugaron y correataron entre los mangos mientras sus madres charlaban animadamente. Casi había anochecido cuando llegó la noticia de que el autobús no vendría. Se había averiado en Gweru y no saldría hasta la mañana siguiente. Al enterarse, las mujeres de Dete prepararon *sadza* con carne para que los viajeros cenaran. Luego convirtieron sus casas en albergues improvisados. Yo no me quedé. Salí para Kariba a medianoche, a bordo de un camión asmático que se dirigía a Malawi. Y es curioso porque hago memoria y de Kariba no recuerdo nada. Lo que se me ha quedado grabado es la espera. El limbo caliente, palpitante, de las horas vacías. Para mí está claro: tendemos a sobrevalorar nuestros destinos.

La semana que viene me voy a Vietnam. El vuelo de regreso es bastante cómodo –salgo y llego el mismo día–, pero a la ida tengo que pasar once horas en el aeropuerto de Moscú. Me llevo mi cuaderno de notas, por si se me ocurre algo que merezca la pena apuntar, y los cuentos completos de Lorrie Moore. Espero no aburrirme. Espero saber pastorear con éxito esas horas tan largas y tan poco decisivas. Espero, en fin, ser un hombre.

**Inundaciones en Pakistán**  
**Necesitamos tu ayuda.**

902 22 22 92  
 www.cruzroja.es

